

Marcelo Abadi

## Carta sobre las cartas La última carta\*

Buenos Aires, 30 de octubre 1992

QUERIDO NOÉ, ya el día en que me invitaste a escribir para la revista una nota sobre las cartas imaginé que no resistiría la tentación de redactarla en forma, precisamente, de carta. La módica ocurrencia se me impone casi con naturalidad ahora que estás en el extranjero y que además, según cuentan, es posible que encares la publicación de todas las cartas que recibiste, lo cual, de paso sea dicho y salvo en lo que a ésta concierne, me fastidia bastante. (En serio te ruego que no entregues las mías —son más mías que tuyas, ¿o no?—, sin duda carentes de cualquier interés y contaminadas por el espíritu de una adolescencia de la cual nunca me curé del todo). ¿Qué idea es ésa de descorrer la cortina para solaz —o aburrimiento— de los eventuales *voyeurs*? Tené en cuenta que hay quien dice que toda carta es carta de amor. (Amor hacia quién, ésa es otra historia). Quisiera suponer de cualquier modo que tu proyecto divulgador (profanador) sólo alcanza a las cartas con intención literaria: no a las *lettres* a secas, sino a las candidatas a *belles lettres*. Y reconozco que muchos de tus amigos fueron o son escritores, pero aun así pensá que

\* Este artículo se publica simultáneamente en *SyC* de Buenos Aires y en *Discurso*, según acuerdo entre ambas revistas.

al mandarte sus noticias olvidaban un poco los deberes del oficio, como vos olvidarías los tuyos al leerlas.

Quizás Noé al fin, pretendas salvar a las cartas del diluvio de nuevos sistemas de comunicación. Pero en ese caso, te bastaría un ejemplar. O si querés dos, porque, como las especies del arca, las cartas deben ir en pareja: una es un gesto vano si no tiene respuesta, si no hay otra que, contestándola, inaugure con seguridad una correspondencia. Así que dos, pero dos y punto. Eventualmente, agregás una explicación para que las generaciones futuras entiendan qué significaba “escribir” con un pronombre personal como complemento; que no crean que “te escribo” quivalía a “escribo tu cuerpo”, o que “escribeme, aunque sea con borrones” declaraba la disposición a ser garabateado, pero que sepan que a veces algo de eso había, que una carta llegaba a ser la escritura de un cuerpo soñando inscribirse en la piel de otro, un sello de querer.

Supongo que es cierto que el teléfono, las *cassettes*, los ordenadores y el fax, este nuevo híbrido, terminarán pronto con el género epistolar, o restringirán su espacio a zonas muy particulares, por ejemplo la de las notificaciones oficiales, o la de las condolencias. Antes de la muerte anunciada del género —si género es— asumo la tarea de apuntar (sin nostalgia, espero) algunos atributos de las cartas, la significación de esas hojas ensobradas cuyo ir y venir tejió buena parte de la trama de nuestras vidas, el lugar que una vez tuvieron aquellas páginas que hoy de pronto nos sorprenden desde el fondo de un cajón, victoriosas sobre el tiempo y las cien veces renovada intención de tirarlas.

Bien sabido es que hay correspondencias deliberadamente literarias y que algunas novelas inolvidables fueron compuestas bajo forma epistolar. No son tema de estas anotaciones que, según lo convinimos, versarán sobre cartas que no fueron pensadas para la publicación, cartas cualesquiera, cartas sobre todo “privadas”, como muchas de las que guardás.

Y casi no ha de existir persona mínimamente alfabetada

(ni aun, con ayuda, analfabeta) que no haya enviado y recibido una buena cantidad de cartas, que no haya expresado o leído en ellas anuncios decisivos, caricias deleitables o fuertes golpes, alegrías incontenibles y oscuras penas. O mucho menos que eso, claro; tal vez apenas unas informaciones, un recuerdo, la señal de una ausencia mal tolerada, un encargo fastidioso, la hipocresía fácil a distancia. ¿A qué necesidad, no universal pero sí atestiguada en muchos siglos y lugares distintos, responden las cartas? ¿A la de comunicar, quizás?

Un académico alemán, preocupado por caracterizar tipos de texto, subraya en efecto que la carta es un medio de comunicación interpersonal, o más bien el sustituto de una verdadera comunicación al que se recurre cuando así lo exige la distancia entre los participantes. La comunicación original se produciría en el cara a cara: predominantemente oral, gozaría sin embargo del concurso de todos los sentidos, la vista y el tacto por ejemplo, para determinar la significación de los mensajes. Apunta también ese autor que la carta, en tanto comunicación escrita, no tiene las ventajas hoy ofrecidas por aquella otra forma de comunicación a distancia que es la telefónica, más interactiva, más cómoda, más rica en posibilidades prosódicas. Es obvio además que la carta supone una brecha, por lo general de varios días, entre el tiempo del emisor y el del receptor, mientras que el fax y el télex, al igual que el teléfono, son prácticamente instantáneos. Por otra parte, a diferencia del diario íntimo, la carta no se escribe para el propio registro o recuerdo, y contrariamente a los textos compuestos para la publicación, tiene un o unos destinatarios bien determinados. La carta asume una dirección; es una flecha que parte del destinador al destinatario y que, cuando la correspondencia se establece, desata el lanzamiento de otra flecha que une los mismos puntos —las mismas personas— en sentido inverso. Es un escrito dialógico. Y mantiene hasta cierto grado las características de la oralidad, pues resulta de buen tono que parezca una suerte de conversación —“una visita a un amigo”,

decía Hegel—, a menos que se trate, por ejemplo, de una misiva oficial. (Las distinciones de este párrafo resumen algunas de las de Karl Ermert, *Briefsorten, Untersuchung zu Theorie und Empirie der Textklassifikation*, Max Niemayer Verlag, Tübingen, 1979, pp. 54 y ss.). Esta mención no parece muy conversacional que digamos, pero se supone que entre nosotros las referencias pueden ser moneda corriente y entre ellas un alemán no ha de faltarnos. Aprovecho el paréntesis para anotar que así como hubo en siglos anteriores, cuando no se discutía la importancia de las cartas, manuales sobre su redacción, últimamente se realizaron varios coloquios universitarios sobre ellas —las universidades siempre tuvieron debilidad por las especies desaparecidas o en vías de extinción—: en 1982 en Nantes, en 1983 en Aix-en-Provence, en 1984 de nuevo en Nantes; y los coloquios —sucede— desembocaron en libros, que seguramente citaré mucho menos de lo que debería: el primero en *Ecrire, publier, lire. Les correspondances*, publicado por la Universidad de Nantes en 1982; el segundo en *La Correspondance*, Universidad de Provence, 1984; el tercero en *Des mots et des images pour correspondre*, Universidad de Nantes, 1986).

Entender la carta como una especie del género “comunicación” es sin duda correcto, pero ¿no te resulta insuficiente? Por mi parte, siento que vive en las cartas bastante más que lo connotado por la palabra “comunicación”, algo querido y misterioso, tal vez la magia de las inscripciones o un antiguo sortilegio; y también un cúmulo de fantasías engañosas y esperanzas renovadamente frustradas, también sentimientos enfermizos, y una suerte de desvío, de perversión. Además, todo esto me parece valer aun para las misivas más elementales.

Y a propósito de cartas elementales, dejame recordar aquella famosa de tu primo. Fue hace tiempo, allá por el 53. Ese año vos y yo estábamos alojados en el Pabellón Belga de la Ciudad Universitaria, en París. Un día, volviendo de no sé qué clase o paseo, nos detuvimos

como siempre en la conserjería para ver si teníamos carta. (¡Tener carta! No lo admitíamos, pero ¡cómo nos importaba!). Yo no había recibido nada; vos tenías una, de Buenos Aires, que te sorprendió ni bien inspeccionaste el sobre: el remitente era un primo muy simple con el cual nunca te habías tratado, me dijiste. Por las escaleras, antes de llegar al piso en que estaban nuestras piezas —el sexto y último, por supuesto, pero qué fácil era subir— ya habías leído la carta y me la alcanzaste alegremente desconcertado, sin imaginar que volvería tantas veces a nuestra “memoria compartida”. Con grandes caracteres, y profusión de puntos y aparte, el pariente había logrado llenar la hoja. Y decía: “Querido primo, te escribo para tener con vos como quien dice relaciones escritas. Espero que al arribo de ésta te encuentres en buena salud. Por mi parte bien, gracias a Dios. Me han informado que en unos siete días te llegará la presente, que va por avión. Espero que no se pierda y que no se demore. En tu contestación, que te pediría envíes también por avión, me lo podrás confirmar. Mi dirección es la de siempre y la encontrarás por las dudas en el remitente. Si la tuya cambia, eso sí, por favor avisame con tiempo. Yo haré lo propio, pero no creo que nos vayamos a mudar de esta casa. Bueno, querido primo, a la espera de tu respuesta y deseando que te vaya muy bien por allá sin olvidar que por acá se te extraña, te mando un cariñoso saludo. Tu primo, Eusebio”.

¡Relaciones escritas! Eso quería tener con vos el muy pícaro, el muy vicioso de Eusebio. No simplemente *comunicación* a distancia por medio de la escritura. Su propuesta era más audaz. Él deseaba tener *relaciones* y no peligrosas; las planeaba seguras, pautadas, pero no por eso menos excitantes. Pretendía tu complicidad para coprotagonizar por sobre el océano un ida y vuelta de sobres estampillados adentro de los cuales se encontrarían saludos inscriptos en delgadas hojas de papel avión. Quería fantasearte en la soledad de tu cuarto, escribiéndole a él. Quería hacer la cola en el correo de su barrio

o hasta en el Central, introducir el sobre franqueado en la ranura del buzón con cara de jugarse una carta decisiva. Quería imaginarte a vos caminando hacia un correo parisino con tus pasos a la vez animosos y cansados, pegando las estampillas (quizás con la lengua, y luego unos golpecitos del puño cerrado). Quería decir en su casa: “me carteo con Noé”; “hoy recibí carta de Noé”; “le debo carta a Noé”. ¿Qué noticias se darían, si apenas habían tenido “relaciones” hasta ese momento y mucho menos se habían detectado afinidad alguna? Eusebio no se inquietaba por tan poca cosa. Para legitimar la correspondencia iniciada, subrayaba el parentesco que los unía, sabiendo que las relaciones escritas no temen en absoluto, por el contrario, el incesto. Determinaba la vía de la correspondencia (aérea) y frecuentaba fielmente los *topoi* más vastamente adoptados por los escritores de cartas: 1) la salud (ahora entendemos que no es tan irrelevante); 2) la correspondencia misma: si llegaban o no las cartas y en cuánto tiempo, las precauciones necesarias para evitar la ruptura del intercambio en caso de mudanza de uno de los participantes; 3) los votos por el bienestar del destinatario (“espero que”, “ojalá que”); 4) El “te extraño”, que él deslizó bajo forma impersonal, tímidamente, porque no se atrevía a tamaña declaración dado que ustedes casi no se veían más que en algún entierro o casamiento familiar, razón por la cual se abstuvo además de desear tu pronto retorno, retorno que sólo lo hubiera privado de sus relaciones escritas sin compensarlo con ningún otro tipo de comercio.

Es curioso. Recuerdo casi textualmente esa carta dirigida a vos, tan esquemática pero tan completa, tan rudimentaria y de alguna manera tan esencial; la recuerdo, digo, pese a que llegó en una época en que, estudiantes en París, escribíamos y recibíamos cartas mucho más importantes para nosotros, más definitorias, más conmovedoras, y sin embargo ya olvidadas.

Admitamos que casi cualquier carta era entonces bienvenida. Cuando uno está en el extranjero, sobre

todo al principio, se siente un tanto irreal. La carta que recibe entonces resulta, para empezar, un valioso certificado de existencia. Mirás el sobre y razonás: tengo un nombre, tengo una dirección; se me individualiza, se me ubica. Ha habido servicios estatales —ministerios, correos, líneas aéreas— complicados en esta operación; hubo empleados varios en la faz organizativa y luego modestos carteros que vieron unas letras escritas en un sobre y comprendieron que ellas designaban a una persona de carne y hueso, y ocurre que esa persona soy yo. Existo; más allá de cualquier duda, existo. Recibo cartas, luego soy. El *cogito* epistolar.

En general, cuando cambiaba de domicilio en París, las primeras cartas que recibía eran mías. Me importaba confirmar que el portero hubiera entendido bien mi nombre, quería estar seguro de que si llegaba algún sobre sin la indicación del piso en el cual vivía o del propietario de la casa en que alquilaba la habitación, ese sobre arribaría a mis manos. Me despachaba entonces en días sucesivos un par de cartas, omitiendo algunos datos en el sobre de la segunda y, si necesario, de una tercera. (Y, en tren de falsificar, me escribía algo, para no mandar un sobre con una hoja en blanco, porque una hoja en blanco no es —casi nunca— una carta).

En ese tiempo los franceses, recordarás, se manejaban todavía muchísimo por medio de cartas, aun entre gente que vivía en una misma ciudad. El correo funcionaba bien, resultaba más económico que el teléfono, y redactar unas líneas no era ningún problema para ellos, como podía serlo en otros países, o lo es allí mismo ahora. Me gustaba esa costumbre, me servía: una carta permite expresar todo lo que se quiere decir sin ser interrumpido. Y, por otra parte, sin irrumpir ruidosamente en la casa y la vida del destinatario, como lo hace el llamado telefónico. Hasta te pueden pretextar no haber recibido o no haber recibido a tiempo alguna propuesta desubicada.

En caso de urgencia, los parisinos mandaban un “*pneumatique*”, un tipo de esquila que llegaba a des-

tino en cosa de una hora. Se vehiculaba entre las distintas oficinas de correo por un sistema de tubos que funcionaba con la presión del aire —de donde su nombre— y siempre había un cartero listo para salir a llevarlo al destinatario. (¿Recordás el desconcierto de ese amigo argentino recién llegado a quien una señora le había dicho que le enviara un “pneumatique” —dónde conseguir un neumático, se preguntaba—, si aceptaba comer por la noche en su casa? Nos reímos de él con la misma maldad con que se ríen en Buenos Aires los comprovincianos de aquel que, nuevo en la capital, aún no sabe viajar en colectivo, por ejemplo, o desconoce un código ciudadano cualquiera, por trivial que sea, que ellos ya han aprendido).

Inútil decir que de la escritura epistolar los franceses hicieron un arte, o digamos una artesanía. Personalmente, desconfié desde temprano de las cartas demasiado bien escritas, cartas en que hasta el *post scriptum* resultaba deliberado. Sus autores me parecían pensar menos en mí que en imaginarios futuros lectores de la edición de su *Correspondencia*. Pero, en general, hasta las cartas más rutinarias me deleitaban. Mantuve una discusión epistolar con una compañía aseguradora de autos que sostenía que al no haberle yo comunicado nada al vencimiento de mi póliza, la había renovado automáticamente y debía pagar el nuevo año aun si, como era el caso, ya había vendido el coche asegurado. Y bien, la graduación con que el empleado de la compañía llevaba el asunto producía verdadero placer. Empezaba “recordando que el vencimiento ya se había operado”; luego estaba “sorprendido” y me invitaba a releer el contrato (incluida la “letra chica”...); una semana más tarde se decía “preocupado”; al mes ya se manifestaba “herido” y después de un par de estados de ánimo más anunciaba con mezcla de decepción e ira que el caso pasaría a la justicia. En ese momento dejé de complicarme en la escalada y, siguiendo un consejo, busqué la forma de terminar con la cuestión, o sea un “arreglo transaccional”. Hasta entonces, había

apreciado la pluma del perseguidor y me había esmeado por estar a su nivel en mis respuestas. Estúpidamente: aquel hombre mantuvo la iniciativa durante toda la correspondencia y si extendió su duración, si demoró su remate, fue sólo para abultar mi deuda con el paso de algunos meses más. Por esa época, sin embargo y como te comentaba, ya había aprendido yo a paladear toda una variedad de cartas francesas, por suerte menos onerosas que éstas. Estaban las de desconocidos, encabezadas por un *Cher monsieur*, o un seco *Monsieur*; estaban las que decían *Cher ami*, las que se dirigían a un *Cher* o a un *Très cher Marcel*, a un *Mon chère Marcelo*, con ese *mon* que, igual que un “mi”, en realidad, no indica posesión sino la dirección del afecto. Estaban las dirigidas al corazón y las que apuntaban a la inteligencia; y también las que persuadían a ambos al mismo tiempo. No te burrían con demasiadas frases escritas en primera persona; te preguntaban en cambio por tus transformaciones, que para eso habían inventado el verbo *devenir*, y te habían dado tiempo. Muchas tampoco usaban la segunda persona; te identificaban con tu calle: “qué se deviene *rue de Rivoli*”, preguntaban por ejemplo, como si tu evolución fuera lo único interesante de esa *rue* y de paso ya ensayaran el sobre. Y en el párrafo final venían, retomando con elegancia el *Monsieur* o el *Cher ami* o lo que fuese del encabezamiento, los ruegos de que aceptaras saludos considerados o distinguidos, las declaraciones de amistad duradera, los mil inflacionarios besos con que te cubrían o esos abrazos tan fuertes como el amor que atestiguaban *Je t'embrasse fort comme je t'aime*.

Los “pneumatiques”, en general pero no obligatoriamente escritos en una hoja que al plegarse se convertía en sobre ya sellado, no variaban en su costo según la longitud del texto; pese a ello, el buen francés les confería un estilo diferente al de las cartas comunes; no menos cuidado, pero sí provisto de una especie de liviandad, de prisa intencional en la elección de los términos y los giros sintácticos. Proust le escribe a su madre, rién-

dose del telegrama de un conocido, que hay palabras que no soportan la "alta velocidad": adecuadas en una carta, resultan ridículas en un telegrama; y sin duda hay palabras y figuras que ni siquiera aguantaban la "mediana velocidad" de los "pneumatiques", como lo toleran hoy las ondas del correo electrónico o el tráfago y la desnudez del fax.

A propósito de velocidad: ¿sabés cuál era la mística que animaba las hazañas de Jean Mermoz, el gran piloto francés? No era la pronta circulación de gente o mercadería. No; la famosa *Ligne* por la cual dio la vida era de correo, era la *Ligne Aéropostale*; cuando Mermoz y sus compañeros se lanzaban audazmente en unos aparatos inverosímiles por sobre el desierto africano, a través de los Andes o por encima del Atlántico, lo que se proponían llevar lo más lejos posible, lo más rápido posible, eran ni más ni menos que cartas.

El hecho de que la empresa de esos aviadores haya sido claramente épica no debe llevarnos a renegar hoy del esfuerzo más sedentario que creó los satélites, ni a despreciar por prosaicas las premuras que determinan la sustitución creciente de las cartas por los llamados telefónicos, con frecuencia dirigidos a contestadores automáticos, contestadores que cualquiera de estos días se ponen a hablar entre sí. Sin duda, el teléfono es más cómodo, más seguro, más rápido; y no excluye forzosa-mente la demostración de afecto, la caricia de las palabras, ni aun el erotismo. (En los Estados Unidos hay números destinados a aquellos que quieren tener relaciones orales —no creo que le interesarían a Eusebio— con una voz que, previo débito, se hace cargo de la libido del abonado).

Ayer atributo de los poderosos, las cartas son hoy el recurso de los más humildes, de los que no pueden "faxear" ni telefonar, de los menos instruidos. La carta íntima o familiar se convierte en una serie de balbuceos o de lugares comunes. Los poderosos no escriben; te hacen avisar por alguien, o llaman desde el auto. No debe extrañar que esté en fuerte baja el prestigio de la

correspondencia. Algún primo más vulgar que Eusebio diría ahora "nos telefonamos con Noé; tengo D.D.I. . .", en vez del "nos carteamos" de aquellos tiempos; creo que él no: seguro que presentía o conocía ya en vos al escritor y aprovechaba el parentesco para procurarse relaciones escritas con un profesional.

Recuerdo a uno de los admiradores de Macedonio Fernández que, para probar la talla filosófica del maestro, revelaba: "se cartea con William James". ¿Qué diría hoy?: "¿se faxean?". Quizás no; quizá las honduras metafísicas todavía requieran el correo, aunque se manden inscriptas en *diskettes*, como hacen los pensadores del primer mundo.

Por cierto, Noé, nosotros, a una pantalla inasible preferimos todavía las cartas: la tinta, el papel; nos gusta redactarlas aun si en ocasiones nos pesa; y nos gusta recibirlas, tomarlas entre las manos como se toma una fotografía para mirarla mejor. Expresamos por escrito lo que no diríamos por teléfono, ni personalmente. Sentimos que el amigo que nos dirige una carta demuestra su afecto por el mero hecho de haberse sentado a escribirla; además nos cuenta de otro modo, nos pregunta con más delicadeza, no nos acosa. Pero ya podrá la gente valorizar un saludo electrónico o telefónico; dirá, por ejemplo: "qué atento comunicarse a la hora de tarifas altas; me preguntó hasta por el perro; sus buenos dólares le habrá costado". (Y, los suspicaces: "¿no hablaría desde alguna oficina o desde un teléfono pinchado?").

Y a las cartas de Spinoza, a las de Descartes, ¿cómo las reemplazarían los llamados telefónicos? Spinoza quiso construir su filosofía al modo de los geómetras. El conocimiento, creía, era incierto si no se alcanzaba mediante una rigurosa deducción. Llevado por esa idea, el filósofo más querible, como lo califica Bertrand Russel, construyó ese monumento que es la *Ética demostrada según el orden geométrico*. Esta obra impresionante, con sus definiciones, demostraciones y corolarios, resulta sin embargo de lectura ardua. Generaciones de

estudiosos han polemizado sobre la importancia del orden geométrico en la *Ética*: según muchos es esencial a la doctrina de Spinoza; para otros, es simplemente un ropaje con el cual el filósofo vistió sus intuiciones primeras. Ahora bien, las cartas de Spinoza dirigidas a filósofos y a no-filósofos, y que Borges considera “lindas y muy legibles”, apoyarían la segunda postura. Estas cartas pretenden exponer la doctrina sin la armadura matemática: lo consiguen, y además revelan intenciones profundas que pueden pasar inadvertidas al lector de las demostraciones de la *Ética*. Las cartas de Descartes, por su parte, contienen una doctrina —según Alquié, fundamental en el desarrollo del cartesianismo—, la teoría de la creación de las verdades eternas, que no aparece en ninguna de las obras sistemáticas. Y cabría evocar también las cartas de Leibniz y las de muchos otros pensadores y científicos que divulgaban sus concepciones por correo, como hoy lo harían en congresos o a través de revistas.

Una carta más larga que lo acostumbrado nos parece señal de la estima especial en que nos tiene un cierto amigo, evidencia de sus deseos de conversar un buen rato con nosotros. Me sorprendió que, notando mi contento por haber recibido una extensa carta de Manuco, un conocido común comentara: “se ve que está solo”. Y es verdad que Manuco seguí soltero, que era otoño, que las playas en que suele vivir se habían despoblado de nórdicas y barcos, pero no es menos cierto que él podía haber pasado esa noche leyendo, o mirando videos; o escribiéndole al autor del comentario y no a mí.

Admitamos, por otra parte, que las relaciones escritas no prenden con todos los amigos, ni siempre con los mejores. Los hay muy queridos con los cuales no prospera el intercambio; con otros, menos íntimos, se establece un tráfico que no se interrumpe hasta la muerte de uno de los participantes.

He escrito tantas cartas. También recibí una cantidad apreciable; más o menos igual a la de las enviadas, supongo, pues una de las propiedades de las cartas es

la reciprocidad de la cual son tributarias. Ahí están todavía algunas, apareciendo de pronto en un estante, entre las páginas de un libro, en una mesa de luz. No las ordeno. Pocas veces las releo. Emanan de ellas, como de un retrato de juventud, una melancolía invencible. Sí, considerando todo ese potencial de nostalgia, todo ese *algos*, tendríamos que recomendar a los hijos el teléfono, que por lo menos no deja huellas. (Aunque esto de que no deja huellas es relativo: los bancos o *brokers* yanquis, que suelen pactar operaciones millonarias por teléfono, graban las conversaciones por si surge algún reclamo. Y no digamos nada de las líneas “tomadas”).

Vos guardaste todas las cartas, Noé, pero no es lo común. Hay que tener para eso mucho amor por las letras, o las *lettres*. ¿Qué cartas se guardan, normalmente? Pocos tienen un criterio claro para resolver la cuestión. Yo decididamente no lo tuve. Tiré un romance, guardé otro; perdí una amistad, conservé restos de algunas; sin razones especiales en ninguno de los casos. Finalmente, actuó el azar como antólogo. Supongo que los primeros tiempos son los más peligrosos en lo que a la perduración de las cartas se refiere: cuando aparece alguna que por casualidad o descuido sobrevivió una respetable cantidad de años, ya da pena tirarla, aunque sea un testimonio incómodo o documento una traición que se preferiría olvidar. Con suerte, uno encuentra al remitente y se la da; que la guarde él, si quiere; o que la tire él, si puede. No hace mucho —apenas unos meses antes de su muerte— mi madre me entregó, en una cartera, todas las cartas que yo le había escrito durante largos años de estudios y andanzas en el extranjero, clasificadas, numeradas, reunidas en distintos grupos con cintas de colores, atesoradas a lo largo de décadas y mudanzas. Sucede que uno conserva las cartas de los hijos, pero pierde las de los padres, tan seguro está de contar con éstos, tan grande es la vanidad que deposita en los avances de aquéllos. Sin embargo son los mayores los que se van antes. De mi madre, que no me escribía menos de una vez por semana, según te

constó en esa época del Pabellón Belga, apenas si encuentro un par de esquelas, algún sobre vacío acaso guardado con el propósito de despegar las estampillas. Y tengo en cambio, como te digo, todo lo que le envíe yo. ¿Será que las cartas reconocen siempre por último destinatario al remitente? No tardaré en tirar ésas, en que mi madre habrá querido leer los progresos de un espíritu superior en países lejanos. Me avergüenzan los errores de francés, las jactancias mal disimuladas, los desbordes afectivos, los reproches injustos, los artilugios que usaba para crearle ansiedad, las declaraciones de principios. Sí, las voy a tirar, pero antes quiero extraer algún dato sobre viajes olvidados o libros leídos entonces; y no es ésta una excusa para seguir teniéndolas: las voy a tirar, por cierto, pese a que son parte —la parte boba, en fin— de una correspondencia que, ahora lo sé, no fue en ese tiempo de aprendizaje, encuentros, deslumbramientos, la menor de mis ocupaciones. Ojalá hubiera conservado las cartas que me escribía ella, con ese impulso desprovisto de toda afectación, esos párrafos generosos terminados con un guión, un guión que seguramente trazaba para sacarse el tema de la cabeza, cosa que le parecería imposible de lograr con un mero punto, un puntito. Pero tal vez algo de bueno haya en no tenerlas: me seguirían mostrando, en filigrana, las mías, ésas que voy a tirar.

Aquellos guiones, recuerdo, tenían sus matices: algunos, melancólicos, apenas si rozaban la hoja; otros, enfáticos, llegaban a perforar el delgado papel vía aérea. Y yo captaba su significado sin vacilaciones. En las cartas, lo sabés, hay una materialidad harto elocuente. El texto de los libros aparece impreso sin conexión ya con la pluma, la tinta, el movimiento corporal de su autor. La carta conserva esa relación, como guarda relación con el tiempo y el espacio en que fue escrita, datos que no deja de precisar en su encabezamiento. Cuando leemos un texto literario, leemos un producto objetivo y ya fruto de la división del trabajo: el autor lo redactó, quién sabe con qué letra, otros lo graficaron, editaron,

distribuyeron. La carta, en cambio —la carta privada—, fue concebida, escrita, ensobrada y, en general, despachada por una misma persona. El mensaje epistolar es vehiculado por un todo en el que cuenta el grafismo, el color y el peso del papel, a veces un perfume, y el sobre, y hasta la disposición de las estampillas. Llega al destinatario como un embajador nuestro, o como quisiéramos llegar nosotros mismos; se anima ante él, procura interesarlo, le hace preguntas, lo halaga. Cuando recibís una carta, antes de que la abras ya te han dicho que pese a la distancia contás con una amistad que perdura, que quien tomó la lapicera para escribirte estuvo un largo rato pensando en vos, que luego buscó el sobre y fue a franquear su carta. (La carta se franquea, franquea distancias, y en ella alguien siempre pretende franquearse; se franquea un poco, se oculta otro poco).

La elección de los temas de una carta personal también tiene, por cierto, una fuerte carga significativa. Algunos tópicos resultan de rigor pero, aparte de ellos, son muchos y muy variados los que pueden aspirar a constituirse en motivo epistolar. En estas condiciones, la opción por tal o cual otra línea temática, pese a que admite tanteos y modificaciones, equivale a una declaración. Declara la posición —el “posicionamiento”, diría un marketinero— desde la cual escribe el destinador. Declara la idea que éste tiene del destinatario, o que quiere hacerle creer que tiene. En otras palabras: al determinar sobre qué escribo, manifiesto quién soy (o quiero ser o parecer) y quién pienso que es mi correspondiente. Si a un amigo ausente de Buenos Aires le comento la aparición de unos libros, los *vernissages* o los estrenos, por ahí las actividades de María Kodama o Ricardo Piglia, la muerte de Girri o de Batato, le estoy diciendo que soy alguien que sigue con atención el desarrollo de la vida cultural porteña y, sobre todo, que sé que a él le interesa esta vida. A más de uno, sin proponérmelo, habré complacido de este modo. Había un familiar, en cambio, comerciante él y buen hombre, pero con irritantes veleidades artísticas, a quien deliberada-

mente le mandaba sólo las últimas novedades económicas y algunas relativas a conocidos comunes: una modalidad de la injuria, o casi.

De todas formas, entre halagos y desprecios, una correspondencia sostenida va dibujando el perfil de su destinatario y aun el de su destinador; define individuos que no existían o no existían de esa manera. El que redacta, inventa más que concibe a su lector, y a sí mismo; el que lee, atiende más a esa invención que a la propia realidad y al contestar trata de no desmentir la ficción si ésta le ha sido presentada persuasivamente. De a poco, carta va, carta viene, los correspondientes se construyen; y terminan siendo no sólo artífices, sino también productos, arte-hechos de una materia sospechosa: la palabra escrita, escrita desde lejos.

Kafka le escribe a Milena que la correspondencia “es un comercio con fantasmas, no sólo con el del destinatario sino también con el propio . . . ¿Cómo pudo nacer la idea de que unas cartas darían a los hombres el medio de comunicar?” El que pregunta esto es el mismo que dirigió a su padre aquella carta famosa, ésa que se las ingenió siempre para no llegar al padre. Y es el mismo Franz que a cierta altura de su correspondencia con Felisa le pide a ésta que en vez de cartas le mande tarjetas postales porque las imágenes le permitirán hacerse una idea del lugar en que vive.

Una tarjeta postal, se ha dicho y lo habrás experimentado, no es una carta; es más bien una frustración de carta. La ausencia de sobre obliga a, y permite que, el texto sea impersonal, desprovisto de intimidad, alejado de toda pasión. Es cierto que la fotografía o el dibujo suele seleccionarse en función del destinatario, pero tal vez menos con gentileza que con deseos de provocar admiración o envidia. El mensaje es más o menos el siguiente: “estoy en tal o cual otro sitio prestigioso; te alegrará saber que aun aquí te recuerdo, que demoro deleitables compromisos para saludarte; y debe bastarte con eso: nada profundo nos une, no tendría sentido ponerme a redactar siquiera una carilla”. Algu-

nas tarjetas, por otra parte, resultan particularmente estúpidas, o redundantes: te eligieron una torre Eiffel y garabatean detrás “desde París, un saludo, etcétera”. Para no hablar de los que demuestran la generosidad de su alma mandándote saluciones navideñas en tarjetas de Unicef.

Hay también combinaciones de gráfica y texto en verdad brillantes, claro, pero prefiero volver ya a las cartas, esas hojas dobladas dentro de un sobre —antes de cuya invención, que data del siglo pasado, se enrollaban con distintas precauciones para evitar lecturas indiscretas—, en un sobre, digo, que me anuncia que en su interior puede haber cualquier sentimiento, cualquier confidencia, la propuesta más tentadora. Habrás visto que en *La carte postale* de Derrida no se reivindicaban las tarjetas: se emplean innumerables copias de una, pero para escribir en los reversos cartas privadas, cartas de amor.

Te decía al principio que según algunos toda carta es carta de amor. Sin duda exageran. Pero es bien posible que el nervio de cualquier misiva personal sea la necesidad de expresar o demandar afecto. Y, ya sea porque esta necesidad se vincula con un arte escondido en las profundidades de las letras, ya sea simplemente por la falta de otros canales de comunicación, la carta resultó, durante siglos y hasta ayer nomás, escenario privilegiado de las piruetas que sabe hacer el amor. El amor a distancia puede ser tan verdadero o tan falso como el amor cara a cara y en las cartas se lo implora, se lo inventa, se lo nutre, se lo confirma, se lo llora, se lo traiciona y se lo miente.

Se ha comparado la carta amorosa con la plegaria por el hecho de que ambas intentan, a veces patéticamente, alcanzar a alguien que está *en otra parte* (*ailleurs, elsewhere*). No creo que la comparación sea muy justa. La plegaria se dirige a un ser de otro orden y superior, que en general no contesta, mientras que la carta va a un igual, que suele responder; la plegaria supone una comunicación en “tiempo real”, la carta consiente días,

semanas, entre la emisión y la recepción del mensaje. Y esta última es una razón adicional para que las cartas nunca aplaquen del todo la ansiedad de quienes más las esperaron. La madre recibe noticias del hijo, suspira aliviada al ver que se encuentra (se encontraba) bien y en seguida después se pregunta: ¿cómo estará ahora? El enamorado se entera de que era querido en una fecha ya pretérita, ignora si es amado en el momento preciso en que lo lee.

Ocurre por otra parte que la redacción de una carta se interrumpe y se retome varios días más tarde, partiendo entonces del relato de lo sucedido durante el intervalo. Ya concluida, puede demorarse su envío, dando lugar a una postdata. Después de lo cual, por una u otra razón, quizás se tira al canasto y se reescribe toda desde el comienzo. Yo interrumpí ésta y la continúo hoy,

24 de noviembre,

y veré de mandártela con tu simpático Oliverio, porque creo que el correo anda mal, según suelen argumentar los haraganes. A propósito de cartas que se envían con alguien, y aunque nada tenga que ver con la presente, ¿sabés por qué se llama "carta de Urías" a aquélla particularmente traidora? La alusión es clara. El rey David, enamorado de Betsabé, esposa de Urías, llama a éste del lugar en que se desempeña como militar y lo manda de vuelta con una misiva dirigida a su jefe: Urías la lleva en seguida sin sospechar que en ella el rey ordena al comandante que lo haga combatir en primera fila, lo cual equivale a una condena a muerte, que no tarda en cumplirse. En la *Odisea* también hay una de esas cartas: es de una mujer despechada y la lleva Belerofonte. Al griego le va mejor que al pobre Urías: sobrevive, venciendo a la Quimera y superando otros varios desafíos.

Pero quedé el otro día en las cartas de amor, y ni la de Urías ni la de Belerofonte lo son, claro, aunque hayan

sido dictadas por la locura amorosa y hayan ordenado esos crímenes que de vez en cuando, y sobre todo en la literatura, inspira el apasionamiento. Así que retomemos la cuestión donde la dejamos.

La carta de amor es la del amor a distancia, una distancia que, se supone, ha de salvarse en un momento más o menos próximo, como si hubiera resultado de una sentencia injusta pero apelable. "*L'amour, c'est l'espace et le temps rendus sensibles au cœur*", decía el *petit Marcel*. El enamorado teme que el amor dure menos que el alejamiento. Debe entonces mantener encendido el fuego, hacer sentir su presencia (*su ausencia*, en realidad) lo más posible. Escribe mucho; al principio ni siquiera puede aguardar la respuesta a su carta antes de enviar otra, y otra más, arriesgando tornarse insistente, cargoso. (Una infracción a las normas sólo tolerada en algunos estadios de la correspondencia amorosa). Escribe mucho, digo, y con el máximo empeño. Sopesa cada frase, cada palabra; la intención de su prosa es más que "estética": responde a una estrategia con objetivos bien determinados. El amante siente que el romance puede flamear o apagarse según sea más o menos eficaz el texto logrado. Comprende que el orden de la carta no debe ser perfecto, que el sentimiento auténtico se expresa mejor con cierto atropellamiento, con saltos de un tema a otro, con bruscas asociaciones; y entonces simula no controlar el curso de sus ideas. Pero lo controla, y calcula cada uno de los efectos posibles de su exposición. Como el publicitario que busca un *slogan* vendedor, así procura el enamorado un tono apto para avivar el afecto de la amada; y no es la menor de las paradojas que a menudo el correr de la pluma enciende su propia pasión.

El amante exiliado narra en detalle el empleo de su triste tiempo. Se muestra languideciendo, impaciente por el reencuentro. Convoca flores, músicas, ademanes y sueños que recuerdan la felicidad pasada o permiten entrever una dicha futura. Hay días en que se anima a suscitar algunos celos: "vi a tal persona"; "me invita-

ron a una reunión, no sé si voy a ir"; "me presentaron gente interesante". Con moderación, claro, porque todo lo que sea significar que en el mundo existen otras presencias que la de la falta padecida se perfila como una traición, porque cualquier sugerencia de que vivir es imaginable sin el destinatario aparece como una apostasía. Y porque se temen las represalias.

Desde lejos, el enamorado repite hasta el cansancio: "te extraño": dice una falta, un desgarramiento, que en una época era de buen tono certificar dejando que una lágrima (o una gota de agua) corriera la tinta. Según Barthes, la misiva amorosa transmite en formas variables un mismo mensaje: "pienso en vos". Pero lo que pretende ese "pienso en vos" es "pensá en mí", cosa que consigue con sólo llegar, y también: "pensá en mí como pienso en vos, con amor", lo cual es más difícil de obtener y no depende únicamente de la eficacia del correo o de las virtudes redaccionales puestas en juego.

La carta de amor no es una pregunta retórica: resulta esencial, para ella, que haya respuesta, que haya correspondencia. Y no un intercambio casual. Se cita a este propósito una frase de Voltaire: "Dos relojes que andan por un cierto tiempo en una correspondencia perfecta" (*Newton* iv, 7): de esa correspondencia hablo, de esa conformidad profunda y acaso ilusoria. Los amantes, destinados el uno al otro desde siempre, predestinados, no se mandan sólo hojas de papel escrito; las cartas que se envían son emanaciones de sus seres, son ellos mismos viajando en cada sobre a las manos amadas.

Una vez despachada su carta, el escribiente desea convertirse lo más pronto posible en receptor de la eventual respuesta. Por momentos, la impaciencia crece hasta invadirlo por entero. La espera de unas líneas ocupa su pensamiento como si fuera la de la revocación de una condena. El cartero se transforma en un ser inquietante hasta que por fin trae la contestación. La carta tan ansiada late en el sobre del cual es extraída rápidamente por el enamorado, que la lee y relee, la huele, la acaricia, la besa, la acuesta junto a sí, la pre-

fiere a cualquier otra presencia, a cualquier voz. Llega un día, sin embargo, en que la carta anhelada no satisface las expectativas: es reticente; y una carta de amor no puede ser reticente. El enamorado procede entonces a una hermenéutica resentida y planea contestaciones llenas de reproches. No ha leído suficientes "te amo", suficientes "te beso", no percibió el dolor de la separación, vio el ansia del reencuentro reducida a un "algún día nos recontraremos, no sé dónde ni cuándo". El hermeneuta pretende extraer las conclusiones del caso; más le valdría entender la conclusión.

Hay que distinguir entre cartas reticentes y cartas susceptibles de doble lectura. Ocurre que una vieja paranoia sugiere al autor de estas últimas que sus declaraciones pueden caer bajo otros ojos que aquellos a los cuales se destinan, ojos ante los cuales no debe descubrirse su sentimiento. Censura entonces su texto. O, mejor dicho, lo redacta de tal modo que el destinatario verdadero lea amor, pero que el eventual indiscreto no pueda comprender —o probar— más que cordialidad. Y ya que digo "destinatario verdadero", te recuerdo que éste no es siempre el que figura en el encabezamiento: tenemos un amigo —no necesito nombrártelo— que había llegado a comunicar con su amada dirigiendo las cartas al padre de ésta. Claro que también se recurre, en la correspondencia amorosa furtiva, a Poste Restante. (No sé si anteponer a "Poste Restante" el artículo femenino, que es el que corresponde en francés, o el artículo masculino que es el que resultaría de una absurda no-traducción al español, no-traducción que lleva a pensar que "poste restante" es el poste que resta y no, como en realidad ocurre, la indicación de que la carta ha de permanecer en la oficina de correos a la espera de su destinatario). Como un viajero sin domicilio, como un estafador, como un militante clandestino, el enamorado se presenta en una ventanilla del correo a preguntar si tiene carta. Se avergüenza, cuando su repetida demanda es vana, de la empleada que no encuentra nada para él; o esconde su excitación cuando recibe el

sobre tan esperado, pero ni bien se da vuelta lo abre y comienza la lectura, la primera lectura, porque luego hará otras varias, algunas sonriente, otras emocionado. La empleada —me lo asegura la vieja paranoia— sabe todo, absolutamente todo; suerte que no le importa nada. De cualquier modo, no falta quien, aun escribiendo a Poste Restante o tomando otras precauciones, confiera a su carta una redacción que la torne susceptible de la doble lectura que indiqué: algunas personas hacen del lema “nada por escrito” una ley sin excepciones; saben que los amores vuelan pero que los escritos quedan, que los amantes felices suelen ser jactanciosos y los despedidos, indiscretos y vengativos; saben que hay cartas perdidas, cartas descubiertas, cartas robadas, como la del cuento de Poe que excita a los macanianos, cartas publicadas, como querés que sean las que recibiste, y también que hay portadores infieles. —No confiaría ni en Miguel Strogoff—, me murmuraba una de esas personas, y el cantito le da razón.

Apuntaba Pierre Fedida, en uno de los coloquios que te cité, que la carta conviene, en el amor, a la declaración y a la ruptura. Es cierto: tanto que en ocasiones esas cartas se entregan en mano, con alguna excusa: “Pensé que no te vería y escribí . . . Bueno, tomá, aquí está lo que te quería decir”. Declaración y ruptura, cuando verbales, si bien admiten graduaciones y marchas atrás según las reacciones que se adviertan, siempre corren el peligro de ser interrumpidas. Creo, con todo, que a los jóvenes no se les ocurriría hoy inaugurar o clausurar un romance por medio de la escritura. Y probablemente está bien que así sea. No necesitarán devolverse las cartas al final de cada amorío, como se usaba en un tiempo. (Otra prueba, este uso, de que las cartas pertenecen en última instancia a quien las escribe).

La correspondencia amorosa, al igual que el sentimiento que la inspira, puede tener un final suave: se torna menos asidua, sus requerimientos disminuyen, las frases se vacían de sentido, y un día cesa por completo, sin estridencias, sin que luego ni los participantes re-

cuerden cuál de ellos quedó en deuda de una última carta; o bien un fin abrupto, tempestuoso: se encrespa en acusaciones, anuncia su interrupción, y cada parte quema o destruye las cartas que hasta entonces había guardado y releído con devoción, o bien exige la restitución de las remitidas y concretado el intercambio quema o destruye en un instante las hojas a las que durante meses confió su pasión.

Nada debiera asustar tanto a los buenos amantes epistolares como la llegada del día que han dicho ansiar con todas sus fuerzas: el del reencuentro. Las cartas llo- ran la separación, pero contribuyen a mantenerla; y únicamente gracias a ella pueden sus autores “hacerse la novela”. Ay del que “se la cree” y vuelve años después a visitar: sólo encuentra las ruinas de una pasión extinta, o de dos.

El amor epistolar quizás no sea más ciego que otros pero, al ofrecer escasas confrontaciones con la realidad, es elevado por las alas de la fantasía a cimas desde las cuales suele despeñarse lastimosamente.

Casos se han contado —hoy serán sin duda menos frecuentes— en que el correo no era sólo medio de cultivo de un afecto, sino incluso su lugar de nacimiento: el amor surgía a partir de un tráfico de cartas entre personas que se conocían poco, o mal, o tan sólo por fotos. Esas personas, al tiempo convencidas de sus afinidades, programaban finalmente un encuentro casi siempre desastroso.

Y ahora, si lo permitís, una discriminación. Ignoro si en estos tiempos de reivindicaciones les gustará a las mujeres que declaremos su superioridad en algún terreno. Pero el hecho es que, en materia epistolar, han demostrado mucho mayor talento que los hombres. Y no te hablo por ejemplo de la marquesa de Sévigné, cuyas cartas a su hija, cargadas de incestuoso amor, son con justicia célebres; te hablo de las mujeres más corrientes. Nos aventajan casi siempre; tienen más espontaneidad para elegir los temas, mayor desenvoltura para tra-

tarlos, un lenguaje más sincero y más cálido. Se diría que en la estructura familiar burguesa de los últimos siglos se concibió la correspondencia privada como actividad predominantemente femenina. Mientras el hombre desde su oficina recibe y envía comunicaciones oficiales o de negocios, tomándose el tiempo de abrir los sobres con un elegante cortapapel (¿podrías?), pero dictando rápidas respuestas que saldrán con su firma en un papel membretado, la mujer mantiene los lazos con los ausentes a través de una escritura que, partiendo del hogar, manda algo de éste a quienes faltan de él, y les reclama noticias. O sola en la casa, sentada junto a un "secrétaire", ordena suspirando antiguas confesiones, reconstruye historias ocultas, y turbadoras.

Así, el género epistolar es... el género femenino, dice Alain Roger en el primero de los coloquios que te anoté. Tan femenino es que en la correspondencia amorosa los hombres más rudos adoptan un tono delicadamente casto, los festejantes más groseros silencian el sexo y subliman sus impulsos. El seductor es un lesbiano, concluye Alain Roger después de recordar que toda seducción es femenina. (¡Un lesbiano! ¿Te das cuenta del surtido que hay en los países desarrollados?)

Con la idea de género vuelvo a caer en la trampa de pensar las cartas en términos de teoría literaria. Ya anoté que hay ficciones compuestas en forma epistolar —*Julie ou la nouvelle Heloise*, *Les liaisons dangeureuses*, *Werther*, *Alina et Valcour*, *Amitié amoureuse*, *Adolphe*, *The Ides of March*, por ejemplo—; recordarás también ensayos y alegatos —la *Lettre sur les aveugles à l'usage de ceux qui voient*, de Diderot, las *Lettres écrites de la montagne*, de Rousseau, las *Lettres Anglaises*, de Voltaire, la carta *Über den Humanismus*, de Heidegger—, y ni menciono las epístolas de San Pablo, o cuentos como aquel de Cortázar. Pero el género es, según el caso, la novela, o el ensayo, el sermón o el cuento, aunque se haya elegido la forma epistolar, sin duda en procura de ciertos "efectos especiales", efectos que vos podrías explicar mejor que cualquiera.

Por mi parte, para exorcisar la idea de la carta como género literario, me tentaría sostener que, antes bien, la literatura es una rama, una rama muy sorprendente, de la correspondencia. Desde la que navega en una botella al mar hasta la del más abstracto libro de filosofía, la escritura siempre lleva el deseo de ser bien recibida, la demanda de afecto, un pedido de auxilio lanzado desde la isla desierta que cada cual habita. Pero todo hombre seguirá siendo Robinson Crusoe, ninguna sociedad ofrece la comunión o la transparencia sino como un mito o una propaganda: que se diga, se cante o se grite el mensaje, que se inscriba con un punzón sobre la piedra, con una pluma sobre el papiro o el papel, que se apriete la tecla "print" de una computadora, ningún conjunto de palabras, aunque sea bello, aunque rime cada tantas sílabas, liberará al individuo de la soledad y la muerte. Las frases establecerán, a lo sumo, algunas relaciones, como diría tu primo, que conocía la relatividad de lo que emprendía, que renunciaba a cualquier absoluto. Las cartas, humildes ellas, se conforman con un solo lector; la literatura, más elaborada e inverosímilmente, renuncia a todos, como Emily Dickinson, a ratos Kafka, y quién sabe cuántos más, o bien persigue la mayor cantidad posible, como los *best-sellers*: se destina a un cajón íntimo o intenta seducir desde las vidrieras a transeúntes desconocidos.

Si subsumir la correspondencia bajo el concepto de "comunicación" me resultaba insatisfactorio, si prefería pensarla como "relación", era, y lo habrás comprendido, porque el primer concepto puede hacer suponer mensajes que son intercambiados sin modificar a comunicadores ni comunicandos, sin implicar profundamente a los agentes, mientras que las cartas intentan comprometer un ida y vuelta de significaciones afectivas, vuelan de un punto a otro para labrar, mantener o prolongar un nexo, un entrecruzamiento, que no es el de unas meras informaciones transmitidas sino el de las personas —o, por lo menos, de los fantasmas— que se escriben y se leen, que se corresponden.

Aun más que los besos, las cartas entrelazarían las almas. John Donne escribe en "To Sir Henry Wotton":

Sir, more then kisses, letters mingle Soules;  
For, thus friends absent speake. This ease controules  
The tediousnesse of my life: But for these . . .

El proyecto episotolar es ambicioso y tenaz, pero en general vano: construye simulacros, deplora en el amor separaciones que prefiere consolidar, exagera amistades, formula invitaciones de las cuales se arrepentirá. Porque las correspondencias postulan una correspondencia primigenia que suele no existir, que no pueden edificar y sin la cual todo énfasis afectivo está condenado a la inutilidad, o la mentira.

Cartas de lectores, cartas abiertas, cartas de correo sentimental, cartas desde la cárcel, cartas insuficientemente franqueadas, cartas de adhesión, cartas publicitarias, cartas acompañadas de foto de familia feliz que a fin de año escriben los yanquis con una computadora que cambia el nombre del destinatario de ejemplar en ejemplar, cartas que no se envían, cartas en papel de un hotel por el cual se pasó tiempo atrás, cartas certificadas, cartas documento, cartas desde el barco o el avión, cartas anónimas, cartas comprometedoras, cartas de recomendación, cartas a jóvenes poetas, cartas de cadenas de la felicidad: con todas las especies que aún no consideré hay como para una clasificación al estilo de la de los animales de esa supuesta enciclopedia china. Pero quiero terminarte ésta destacando un tipo de carta que ilustra hasta qué punto se llega a especular con las "relaciones escritas". Hablo de la carta que va de un reino a otro, de un orden al orden contrario; más precisamente, de lo natural a lo sobrenatural, digamos, o del ser a la nada, y viceversa. Te doy un ejemplo: las líneas que el chico dirige en vísperas de Navidad a Papá Noel y unos días después, para redondear, a los Reyes Magos, detallando aspiraciones. Inaccesible a las voces o los gestos, Papá Noel y los Reyes satisfarían

con diligencia pedidos hechos en cualquier idioma, mientras sean formulados por escrito. Otro ejemplo: la gente que deja, en sobres eventualmente lacrados, cartas para ser abiertas después de su muerte. No aludo a esas "de puño y letra" en que se formulan disposiciones testamentarias, sino a cartas con reiteraciones de un afecto pegajoso, con excusas, invectivas o denuncias, cartas ideadas para engendrar culpa, o bien históricamente seductoras. Montaigne recomendaba que nada de lo que uno dijera desde la muerte desmintiera lo dicho desde la vida. Y si su consejo es aceptado, como creo que convine, sólo cabe *post mortem* un honorable silencio. Pero el ansia por mantenerse comunicado, o aun por lograr un nuevo acento o una mejor resonancia, alienta con frecuencia estas cartas de ultratumba, este proyecto de relaciones escritas que se lanzaría desde el reino de los muertos. Proyecto incumplido por falta de respuesta, claro, pero no más insensato en realidad que el hondo, conmovedor e irrealizable propósito inverso: el de seguir vinculado desde la vida con los muertos amados, anhelo del cual queda un testimonio alucinante en el libro sexto de la *Eneida* —según muchos el más hermoso de la literatura—, donde se asiste al descenso de Eneas a los infiernos y al estremecedor recorrido que lo lleva al Eliseo en busca de su padre Anquises, a quien encuentra pero no consigue abrazar porque éste ya no es más que una sombra entre las sombras. Eneas y Anquises conversan, sin embargo, y el diálogo increíble te inunda de emoción, aun cuando por momentos la intencionalidad del poeta resulte demasiado obvia: Anquises, provisto de la videncia del futuro (un futuro que es el pasado o el presente del autor), revela a Eneas quiénes serán sus descendientes, quiénes algunos de los romanos gloriosos, incluyendo a César Augusto, el más grande y casualmente aquel bajo cuyo imperio Virgilio compone estos versos. (Anquises señala allí, entre otras, un alma condenada a ser *Marcellus*, ¿te acordás? "Tu serás Marcelo", le anuncia entristecido. *Tu Marcellus eris*).

Me quedo con la expresión de la piedad filial que

anima al héroe y la desengañada referencia a su abrazo al vacío, ese abrazo tres veces intentado y que, más que las palabras, fracasa en el propósito de recuperar el contacto con el padre, la relación entrañable.

La idea de un país de los muertos, la del paraíso, hasta la del infierno, son utopías consoladoras y traducen un lloroso deseo de inmortalidad, la esperanza de que ser muerto sea aún ser. El muerto no tiene relaciones, ni escritas ni de ningún otro tipo, porque no existe; y atraveses el Aqueronte con vida, como Eneas —u Orfeo—, o lo cruces ya sin vida, el abrazo te será negado. Todavía se dice de algún muerto reciente que “fue a reunirse” con tal o cual otro más antiguo; pero no creemos en esa reunión más de lo que creemos en la de Eneas con Anquises o la de Orfeo con Eurídice, aunque por las noches la presencia de algunos seres que perdimos para siempre, ya meras imágenes, agite nuestros sueños con una vivacidad tan aguda como la pena que experimentamos al despertar.

Entre los difuntos no hay reunión, sólo hay espacio, o nada. Y no sé si puede haber comunicación real entre los vivos, pero seguramente no la hay entre vivos y difuntos. Si pretendiese llegar con una carta a uno de mis muertos, una que le diera noticias de sus descendientes o rectificara algunos de mis actos o palabras, sería más iluso que el que limpia amorosamente cierta tumba y la cubre de unas rosas cuyos perfumes y colores ya no pueden alcanzar su destino.

Acaso soy aquel iluso: porque quiero dedicar estas páginas a quien —a la memoria de quien— durante aquellos años en el extranjero me escribía sin cesar. Y ya ves, de nuevo, que las cartas se apartan de la recta vía: ésta, que dice *Noé* en el encabezamiento, que aspira a ser leída por los fieles de *SyC* y de *Discurso*, se desvía, se desviaba desde hace rato, se extraviaba, llevada por el anhelo imposible de completar esa otra correspondencia ya definitivamente trunca, empujada como por un viento a evocar aquellas cartas perdidas que te mencioné, y a su autora.

Saludos a los lectores y un fuerte abrazo a vos, sin embargo, y no sólo porque sin fuertes abrazos no se pueda ya terminar una carta, ni siquiera un llamado telefónico.

Marcelo